

El inventor

Sergio Campos Martínez



EL INVENTOR

Sergio Campos

Capítulo 1

En algún lugar, un anciano pasó toda su vida encerrado en una pequeña habitación, una habitación casi podrida por el paso del tiempo, en la cual, solo había una puerta cerrada por fuera y un minúsculo agujero en la pared, por el que una vez al día, durante unas cuantas horas, entraba un débil rayo de luz. Cada vez que ocurría esto, el hombre miraba por el agujerito y veía las carencias que necesitaba la humanidad. Hacía esto cada día durante un momento y se ponía a trabajar, él era inventor. Inventaba todo aquello que creía necesario, de lo cual todo el mundo se beneficiaría, excepto él. Esa era su misión y la aceptaba con entusiasmo. Inventó muchísimas cosas, pero una destacaba por encima de las demás: la imaginación. Poco a poco se fue dando cuenta de que después de esta invención, su trabajo cada vez era más innecesario, pues la humanidad avanzaba por sus propios medios y su trabajo ya no era útil.

Pasaba el tiempo y el viejo seguía mirando por el agujero, pero no veía ninguna carencia en la humanidad para la que fuese necesario inventar. Debido a esto su ilusión se fue apagando lentamente. Su corazón se corrompió y en la soledad de su oscuridad comenzó a planear cómo acabar con la humanidad. Así que inventó las epidemias, las guerras, las enfermedades... Pero nada funcionó, la humanidad se sobreponía a todas las adversidades y el mundo siguió su curso.

El inventor, al ver que su trabajo era inservible decidió salir de aquella habitación y liberarse de su tarea. Así fue, y al siguiente rayo de luz, casi en la oscuridad más absoluta, palpando la fría piedra se topó con el picaporte de la puerta. Lo giró, estaba cerrada. Pero a pesar de ello, estaba decidido a salir de allí y día tras día arremetió una y otra vez contra la puerta hasta que sus bisagras cedieron y la puerta cayó al suelo. El viejo inventor pudo vislumbrar un largo y oscuro pasillo. Tanteando llegó hasta otra puerta, la abrió. Ante sus ojos, había una habitación circular bañada de luz en su totalidad, bajo sus pies se extendía una alfombra azul que ocupaba toda la estancia, el techo era alto, muy alto, y las paredes estaban repletas de cuadros. Para asombro del viejo, se dio cuenta de que los cuadros eran sus invenciones; había miles de paisajes plagados de vida colgados en aquellas paredes. Así pues, el anciano estaba contento, se encontraba cómodo en aquel sitio, ya no vivía en una habitación oscura ni tenía que seguir inventando cosas inservibles, o eso creía él.

Al tiempo se percató de que aquella sala tenía algo extraño, no había noche posible allí dentro, el tiempo no pasaba para nada, excepto para los cuadros, que se iban haciendo más viejos y oscuros y aquellos paisajes plagados de alegría, envejecían, se marchitaban. Los cuadros empezaron a descolgarse, uno tras otro iban cayendo al suelo, se apilaban en escombros de lienzo y madera alrededor del anciano. La habitación

comenzó a derrumbarse, las paredes estallaron y cayeron. Solo quedó una pequeña parte de la pared con un cuadro aun colgado, el cuadro de la destrucción.

El inventor avergonzado cayó de rodillas al suelo, y arrepentido lloró como nunca antes lo hizo. Miró a su alrededor y asombrado, entre la desolación y la ruina que había en la sala, se encontró con un hombre frente a él, observando el cuadro que todavía estaba colgado. El hombre se giró, le miró y dijo:

¿Cómo has dejado que ocurra esto? ¿Por qué has hecho lo que has hecho? Tenías una tarea, tu deber era cuidar de ellos, pero los abandonaste, los dejaste a su suerte en medio de lo desconocido, incluso los maltrataste. La humanidad no supo sobrevivir sin tu ayuda, te necesitaban. Las consecuencias de tus actos te traen hasta tu destino: te quedarás aquí por toda la eternidad, rodeado de la destrucción que has traído, llorando junto a lo que queda de tus creaciones, recordando, sin poder hacer nada para revertirlas. Por haber abandonado el mundo. Sea este tu castigo.